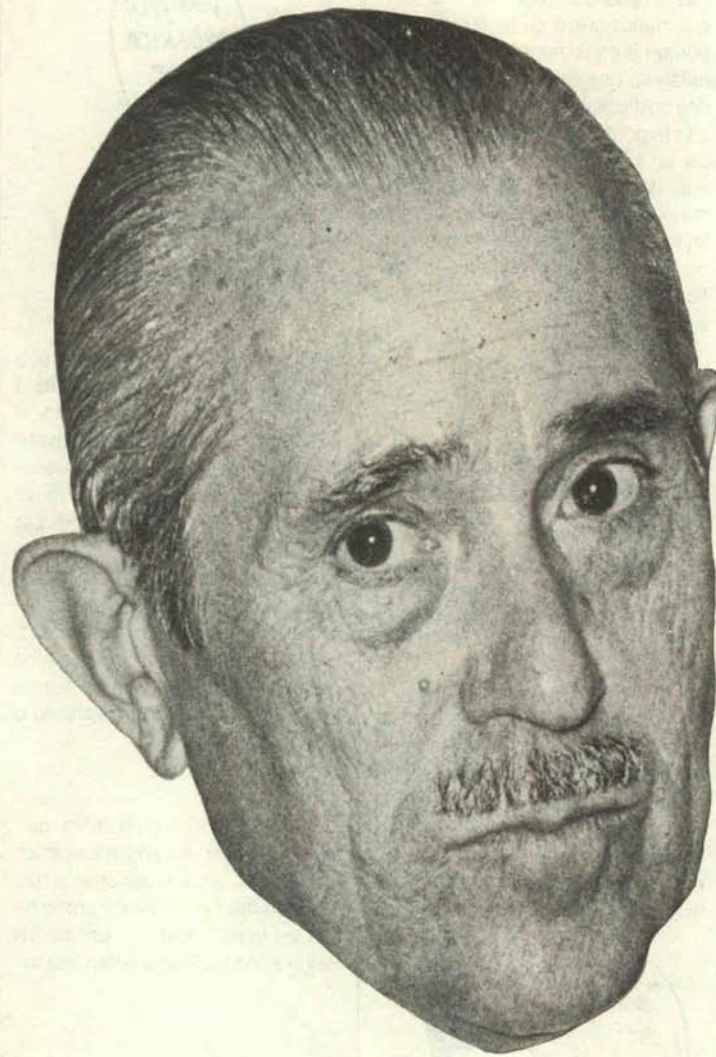


el cadaver exquisito

DON CARLOS ARIAS NAVARRO

VIDA

NACIO en un barrio castizo de Madrid. Y el día de su nacimiento no hubo ninguna señal en el cielo, ni se rasgó el velo del templo de San Ginés, ni tembló la dura meseta castellana, ni una comadre vecina, con dotes de sibila, profetizó que ese niño llegaría con el tiempo a ser Presidente del Gobierno. Simplemente nació y no pasó nada. De joven se metió a estudiar Leyes y así, envuelto en considerandos y resultandos, resulta que llegó la siniestra pirotecnia de la guerra del 36. Nuestro héroe la ganó e hizo cuanto estuvo en su mano para demostrarlo. Ejerció de fiscal primero en Málaga y luego en Madrid, aunque en un entreacto consiguiera hacerse notario, que es cosa importante, porque eso siempre da un aire. Un buen día, cansado de legajos, infolios, autos, providencias y sumarios, se metió en política. Fue nombrado Gobernador Civil de León cuando esos montes estaban llenos de gente que se echa al monte de verdad, es decir, de maquis, lo cual no deja de tener mérito. Después lo mandaron a Canarias a descansar. Y cuando ya estaba bien curtido y macerado fue llamado a la Dirección General de Seguridad, no a declarar, sino para que se hiciera cargo del complicado cotarro del orden. Nuestro hombre puso mucho celo profesional en este oficio porque en señal de gratitud fue nominado alcalde de Madrid.



Y entonces comenzó a sonreír. Y a comer cocido con los cronistas de la villa. Y a construir escalectrics en los ratos libres. Y en vista de que todo lo hacía bien y la ciudad ya no tenía arreglo, entró de Ministro de la Gobernación. Y en seguida dejó de sonreír. Desde entonces los españoles lo conocen serio y preocupado, a pesar de que le asiste una buena estrella, porque cuando mataron a Carrero, en lugar de aceptarle la dimisión, le nombraron Presidente. Los hitos estelares de su carrera son los discursos

por televisión, de tal manera que cada alocución sintetiza un espíritu o un fantasma. Se pasa largo tiempo sin hablar, metido en silencio burocrático, pero un buen día se asoma a la pantalla, nos atiza una regañina aderezada con amenazas y enmudece luego. Y así. ■ V.

OBRA

La gran obra de don Carlos Arias son los espíritus,

siempre de acuerdo con la meteorología, por lo que se trata de los espíritus meteoros. El meteoro de febrero y el meteoro de abril son los más importantes, espíritu sin nombre, indefinible esencia. Nada por aquí, nada por allá, y aquí no ha pasado nada. Como un gnomo crecido se nos apareció primero de alcalde, con sus maceros, su grúa y su gusto por la jardinería, que más que gnomo era el hada buena, pero luego, nada por aquí, nada por allá, lo vemos de ministro y cuando el suceso luctuoso y volátil, nada por aquí, nada por allá, gana las primarias del Pardo ante la sorpresa de don Torcuato Fernández Miranda, suenan los tambores y las fanfarrias, y nuevecito presidente tenemos, que se trae de ministro a don Pío y la barretina, con lo que se cabrean los ultras y le organizan el gironazo, que se agarra la muleta con la derecha y se da un pase de frente y por detrás, que eso es el gironazo, y «Fuerza Nueva» le dice lo de «Señor Presidente», total que el espíritu del 12 de febrero fue perdiendo casta y se convirtió en el espíritu del 28 de abril, que más que espíritu es fantasmita. Y ahora quiere organizarnos un referéndum para ver si sale el espíritu del 18 de julio, y no hace caso de lo de dimite y vencerás, y consulta las cabañuelas y el zaragozano para ver si los nacionales pasan el Ebro, y Areilza ya no sabe que decir a la Europa del futuro, que espera sentada a la puerta de nuestro pasado. O sea, que volverán las oscuras golondrinas, pero como si no, que todo está maniatado y bien



Tiene el aire severo, pacífico y enérgico de los registradores de la Propiedad de provincias cuando se doblan de suegro cutre o tío solterón y borde. Empezó con una gracia canosa y sonriente de alcalde paternal y padrino rico de las niñas un millón, dos millones y tres millones, pero con el tiempo, los lutos y los ceses, se le ha ido poniendo un aura de vinagre en torno de la imagen televisiva, y es el busto parlante más agresivo de Prado del Rey. Hoy, su enérgica amargura tiene la tristeza desmoronada de lo que ha tantos meses que se viene abajo.

Si no se ha venido ya. ■
U.

maniatado, como dice nuestro joven Robespierre, Gil-Robles, que hay que fastidiarse de los rebeldes que tenemos que echar mano. De manera que el presidente dice que ni rey ni roque, y que la oposición es ridícula e ilegal, y que fuera de la urna cineraria de Santiago Matamoros y la orgánica, que es la que se abre a favor pulsando una porra, todo es urna atea y decimonónica. Muy exquisito, sí, pero cadáver. ■ L.

mucho en barberos, y eso la perdió.

Tiene los ojos implorantes, las bolsitas, debajo de los ojos, como llenas de llanto que puede afluir en cualquier momento, dulcemente, y tiene el bigotillo cuidado, mínimo, entrañable y cano de papá, que se permite la última coquetería, a sus años, y sólo por eso ya es conmovedor. Papá, pobre papá, mamá te ha encerrado en el bunker y a mí me da mucha pena.

Tiene las ojeras un poco tiesas, para facilitar las cosas a los dibujantes de prensa, y eso le da una gracia de duende o espíritu del doce de febrero. Al principio le caía bien al público de la tele (que es el único gran público que tiene la política oficial), pero luego se les ha hecho ya tan familiar como el ratón Mickey o Charlie Brown, con sus penas, sus desgracias y su inusitado desdoblamiento en padre

justiciero y Kojak amenazante, aunque sin chupachús.

LA FOTO PARAPSICOLÓGICA

Tiene el pelo peinado hacia atrás, en vertical, con ese corte de pelo correcto y decisivo del que se permite pocas bromas con los peluqueros, porque hay que gobernar pensando en todo para el pueblo y con el pueblo, pero sin los peluqueros, que ya Isabel II se andaba

